

He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo

Is 49,1-7; Sal 40,1-11; 1 Co 1,1-9; Jn 1,29-42

He estado pensando y repensando y meditando sobre los cuatro pasajes que «nos ha tocado» con la selección del leccionario para esta semana, tratando de ver si hallaba un hilo conductor entre ellas.

Mi mente se acabó por detener en toda la colección de personas históricas o personajes literarios que mencionan nuestros textos: El siervo sufridor de Isaías; David el salmista, Jesús y Juan el Bautista; Andrés y Simón su hermano y por último Pablo y Sóstenes.

Si hay algo que tienen en común estos personajes es que por una parte están llamados a ser protagonistas en la historia de Dios con su pueblo; pero que, por otra parte, están llamados a sufrir por la Causa de los propósitos divinos. He querido fijarme, para empezar, en esa frase de saludo o anunciación que sale de la boca de Juan el Bautista. «¡He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!» — porque cuanto más la medito, más me quedo pasmado por el mal gusto de quien lo dijo.

Vamos a ver: Desde el libro de Génesis hasta el de Levítico — pero también en la Biblia entera — todos sabemos que Dios tiene especial predilección por los corderitos, que le ablandan el corazón y lo ponen siempre de buen humor. La relación entre Dios y los corderos se limita a una sola cosa. Cuando Jehová ve acercarse un cordero a su altar, se le hace agua la boca y se relame los labios.

Cuando el célebre corderito del Salmo 23 emprende alegremente la marcha hacia Jerusalén, todo lleno de ilusión, donde piensa entrar a la Casa de Jehová, dice cosas como «No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo»; y, «Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida». Pero lo más divertido es aquello de: «Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores». Porque está claro que lo que no le han contado a este ingenuo corderillo, es que en el templo, la mesa se adereza para un menú de cordero a la brasa. Porque los corderos sólo tienen una razón de existir en relación con Dios y con el templo: ¡Al altar, a la cuchilla, al degüelle, al holocausto! El Cordero de Dios es siempre, por definición, el que está en el menú para hoy.

Por eso, si hay un saludo en la vida que nunca quieres oír, porque suena a maldición rematada, es que alguien exclame cuando te vea: «¡He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!» El día que te saluden así, mira a ver quién está afilando una cuchilla. Y si ves unos leños que arden, ten por seguro que para cuando se queden en ascuas, tu cuerpecito despellejado estará abierto en canal, a la parrilla sobre las brasas.

El siervo de Isaías 49 es un caso interesante, sobre el que tienen que escribir un trabajo nuestros estudiantes de Introducción al Antiguo Testamento. Es por la complejidad de que este personaje es claramente Israel; pero es a la vez, también, una figura redentora que rescatará a Israel. Muy en particular, en los versículos leídos hoy, su papel será expresamente el de llevar el conocimiento de Dios más allá de las fronteras de los antiguos reinos de Israel y Judá. En nuestro pasaje el siervo empieza anunciando: «Oídme, costas y escuchad, pueblos lejanos»; y concluye con la idea de que «Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob [...]; también te di por luz de las naciones».

Aquí es importante tomar constancia de la revolución en el mundo de la religión que supuso la destrucción de Jerusalén y su templo y la interpretación que hizo Jeremías del papel que a partir de entonces les tocaría a los judíos en el mundo. Jeremías escribió a los exiliados que se afincaran allá donde les habían llevado cautivos; que se casaran y tuvieran hijos y orasen y trabajasen por la paz de cada ciudad donde les tocara vivir: «Porque en su paz, tendréis vosotros paz» (Jer 29,7). De la debacle de esa destrucción horrorosa, de la pestilencia de los cadáveres humeantes de las hijas de Sion, la ciudad derribada y puesta a saco, emergería una nueva realidad. Los judíos emplearon una palabra griega de una belleza simbólica inigualable, para describir esa nueva realidad: ellos se refieren a su dispersión en el mundo que ha venido existiendo sin pausa desde entonces como la «diáspora», que significa algo así como la siembra (de la palabra *sporos*, semilla). A partir de aquella generación, en todas las naciones de la tierra el Señor tiene sembradas pequeñas comunidades de personas que mantienen viva la memoria del Señor y sus grandes obras, que le adoran con rigor monoteísta y dan testimonio de que él, sólo él y ningún otro, es el verdadero Dios, creador del Universo y divina Majestad.

En efecto, poca cosa era para el siervo de Isaías 49 la restauración de Israel en su tierra ancestral, una restauración que siempre que se ha producido ha sido breve y pasajera, y ha estado viciada de guerra y violencia y odio e intolerancia religiosa. Este siervo de Dios, este Israel llamado para Dios desde el vientre de su madre, tenía y tiene la vocación de ser una luz para las naciones, algo que siempre ha sido radicalmente incompatible con los sentimientos nacionalistas y militaristas de la restauración nacional.

A los cristianos esto nos parece de una belleza sublime, porque nos sabemos los beneficiarios de esa misión a las naciones. Nuestros antepasados fueron todos paganos, ídólatras y politeístas, pecadores redomados; y si no fuera por el testimonio de Israel estaríamos perdidos, sin esperanza de salvación.

Pero para los judíos, especialmente a partir de la *shoah*, la «desolación» genocida que sufrieron bajo el nazismo en la primera mitad del siglo XX, el precio a pagar siempre tiene que parecer demasiado elevado. Durante miles de años este siervo escogido de Dios, Israel, con su maldito privilegio de haber sido escogidos por Dios como luz de

las naciones, ha pagado un precio terrible por su devoción a Dios y su testimonio entre nosotros los gentiles.

A la luz de estos miles de años, el versículo final de nuestra lectura de Isaías suena amenazante y premonitora: «Así ha dicho el Señor, Redentor de Israel, el Santo suyo, al menospreciado de alma, al abominado de las naciones, al siervo de los tiranos: Verán reyes, y se levantarán príncipes, y adorarán por el Señor; porque fiel es el Santo de Israel, el cual te escogió». Efectivamente, reyes y príncipes han adorado desde entonces al Dios de Israel, pero el pueblo escogido de Dios nunca ha dejado de ser «el abominado de las naciones» y «siervo de los tiranos». No me sorprende que a partir de la *shoah*, muchos judíos hayan querido renegar de ese papel de testimonio sembrado entre las naciones, hayan preferido retirarse de entre las naciones para refundar su propio estado en su terruño ancestral y proteger sus propios intereses y salvar el pellejo con su superioridad militar en un mundo hostil.

Así las cosas, en cualquiera medida que el cristianismo ha adoptado una doctrina superesionista, donde se supone que la Iglesia reemplaza y sustituye a los judíos como pueblo escogido de Dios, en esta generación como nunca antes nos toca ahora a nosotros asumir este papel de chivo expiatorio en la sociedad humana. Ahora nos toca a nosotros, entonces, sufrir el oprobio y la violencia de un mundo secularizado. Nos toca a nosotros pagar el precio del maldito privilegio de dar testimonio a las naciones de que Dios sigue existiendo, que el universo tiene un Creador que es a la vez su Señor legítimo, digno de culto y adoración y alabanza y amor y obediencia.

Es curioso que del salmo 40 sólo hemos leído la primera mitad, los versículos que alaban a Dios por las bendiciones recibidas, el real privilegio dinástico de un David que reina y es universalmente admirado. Pero en realidad el salmo es uno de queja y lamentación. El David de este salmo no es un rey en la cúspide del éxito sino un pobre hombre humillado y vejado, que clama a Dios pidiéndole auxilio en su hora de angustia. Es verdad que el Dios de este salmo es digno de alabanza y adoración — desde luego que lo es, **siempre** lo es— pero es una alabanza al filo de la desesperación, que se expresa como una esperanza de salvación que no está nada claro que vaya a llegar a tiempo.

¿Y qué diremos de los otros personajes que han aparecido en nuestras lecturas de hoy?

Todos sabemos cómo acabó Juan el Bautista. Una muerte sin sentido, símbolo de la brutalidad de la tiranía humana donde las haya. Una niña que baila primorosamente, un rey imprudente que hace promesas estúpidas, una mujer resentida porque alguien haya osado cuestionar sus pecados... y la cabeza de Juan acaba exhibida sobre una bandeja.

Y todos sabemos también cómo acabó Jesús.

En cuanto a Pedro y Andrés, existen tradiciones de que ambos también murieron crucificados, culminando así su testimonio como apóstoles verdaderos de Jesucristo.

¿Y Sóstenes? Sóstenes sólo aparece dos veces en el Nuevo Testamento. Una vez aquí, como coautor de la primera carta a los Corintios; un papel en el que ha sido siempre ninguneado, ignorado, pasado por alto. Nadie nunca ha querido reconocer que esta carta la escribieron entre dos. Sóstenes es invisible como autor apostólico. Es invisible porque preferimos celebrar trabajos heroicos de individuos destacados. Preferimos leer 1 Corintios como una obra maestra de un apóstol singular, en lugar de reconocer que el evangelio es siempre labor de equipo y que Jesús mismo mandó a los apóstoles ir de dos en dos, para que ningún individuo se llevara nunca la gloria. Así que Sóstenes ha sido ninguneado por la historia, ha sido hecho invisible por nuestra predilección de la singularidad de Pablo.

El único otro lugar donde aparece Sóstenes en el Nuevo Testamento es en Hch 18, donde sufre una brutal paliza. No se sabe bien si los que se enseñaron contra él eran griegos que le pegaban por ser judío, judíos que le pegaban por no haber conseguido enjuiciar a Pablo, o judíos y gentiles a la vez, que le pegaban por haberse puesto de parte de Pablo. Lo único seguro es que todo el mundo se cebó con Sóstenes mientras Galión —el juez que había estado presidiendo el tribunal— se lavaba las manos y miraba para otro lado. ¡Bienvenido seas, Sóstenes, al mundo de los escogidos de Dios!

Llegados a este punto, sin embargo, me hago la siguiente reflexión:

Curiosamente, ninguna de nuestras cuatro lecturas pone en duda que servir a Dios, ser objeto de su especial llamamiento para serle testigo, sea un privilegio. Curiosamente, ninguna de nuestras cuatro lecturas acusa sentimientos de victimismo, ninguna expresa otros sentimientos que los de esperanza e ilusión respecto a las misericordias de Dios. La única posible excepción hubiera sido el Salmo 40, si lo hubiésemos leído entero. Pero incluso allí, la sensación final con que nos hubiera dejado el salmo sería la de una enorme confianza en la bondad y misericordia y salvación de Dios.

No tengo explicación para ese optimismo tan antinatural que provoca la lectura de estos pasajes, salvo la de constatar que esa confianza y alegría cuadra con mi propia experiencia de la vocación cristiana y de la vocación al ministerio cristiano.

No puede existir ninguna duda de que el autor de Isaías 49 es feliz. Ve el futuro con ilusión, lo ve lleno de promesa. Sabe que al final la gloria hará desaparecer el dolor y la aflicción. El autor del salmo tiene sus quejas y vive un momento muy duro, pero sabe a quién está clamando y es feliz en sus alabanzas de aquel que ha actuado como Salvador en el pasado y volverá a ejercer de Salvador en el futuro. Juan el Bautista quizá es consciente, quizá no, de la ironía de su aclamación de Jesús como Cordero cuyo destino es morir en el altar; pero a pesar de todo celebra con entusiasmo el per-

dón de los pecados de la humanidad. Andrés corre entusiasmado a contar a su hermano, Simón Pedro: «¡Hemos hallado al Mesías!» Simón, discípulo pusilánime e inconstante donde los haya, lleva el apodo que Jesús le puso desde el principio: «Tú serás conocido como «el Piedras», serás una roca firme de apoyo para tus condiscípulos y para las generaciones posteriores de los que me siguen». Pablo y Sóstenes abren su carta —en la que saben que tendrán que atajar los gravísimos problemas internos que amenazan la mismísima existencia de la comunidad cristiana en Corinto— con palabras llenas de confianza y fe y esperanza y gratitud a Dios por esa misma comunidad: «Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia que os fue dada en Cristo Jesús... Nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo... Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor».

Como ya he dicho, mi propia experiencia de la vocación cristiana y de la vocación al ministerio cristiano cuadra con esos sentimientos. Sé que he pasado por momentos duros, pero se me hace difícil recordarlos por la superabundancia de la gracia de Dios que me ha acompañado en todo momento. Recuerdo días de llanto y sigo sin poder comprender las tragedias personales en que me ha tocado acompañar a algunos de mis hermanos y hermanas, situaciones de dolor inexplicablemente trágico. Pero recuerdo también, precisamente, que en esas situaciones esas personas no estaban solas, sino que otros lloramos también con ellos y ellas y sobrellevamos con ellos y ellas el dolor en comunidad cristiana.

Al final va a ser cierta la perspectiva que de todo esto tenía quien escribió Isaías 49. Lo que llevamos a las naciones es luz —¡luz!, ¡iluminación!— no tinieblas; gracia y perdón y misericordia divinas, alegría inefable, la maravilla de la comunión con Dios y con el prójimo. Y cualquier precio que haya que pagar para que esto sea posible, es un precio que no nos arruga ni incapacita en el terror, sino que reafirma nuestra resolución y nuestra confianza en Dios.

¡Que nos llueva lo que nos tenga que llover, pero que el sufrimiento y las tragedias nos pillen siempre al lado de Dios y no rebeldes contra él!

Dios dijo: «Sea la luz». Y a continuación nos llamó y nos ungió y nos envió al mundo.

Que él se apiade ahora de nosotros, y nos de ánimos y fuerza interior para pagar el precio y ser hallados dignos de tan magnífico llamamiento.

Dionisio Byler
El Escorial — Capilla de SEUT
16/01/2008